

---

# EL ARTE DE CONVIVIR

## EL ARTE DE CONVIVIR

Jutta Burggraf

***El Diario Financiero, Viernes 4/3/2005 Sección HUMANITAS (humanitas@puc.cl)***

*Jutta Burggraf, Doctora en pedagogía por la Universidad de Colonia. Doctora en teología por la Universidad de Navarra. Catedrática de antropología en el Instituto Académico Internacional para Estudios del Matrimonio y la Familia en Kerkrade, Holanda. Profesora de filosofía y teología en la Universidad de Navarra.*

Recuerdo vivamente la conversación que sostuve con una amiga austríaca; ella me contó sus experiencias de los dos primeros años de matrimonio: “Cuando nació nuestro primer hijo -confesó-, me faltaba tiempo para hacer todo lo necesario para llevar bien la casa. Me pasaba el día entero limpiando, lavando y ordenando cosas. El esfuerzo me agotaba; me ponía de mal humor, y un día pensé: “No puedo seguir así; me vuelvo una maniática de la limpieza y dejo de lado al niño: primero las personas, y luego las cosas” Así que, en adelante, centraba toda la atención en mi hijo. Le llevaba en los brazos y le paseaba, le cantaba y hablaba. Formábamos una unidad perfecta. Pero después de una temporada me di cuenta de que mi marido se quedaba fuera del juego; me comportaba de tal forma que él –aunque no se quejara- debía sentirse como un extraño en su propia casa. De nuevo reflexioné: “El hijo es una bendición de Dios, pero no es la primera persona que se me ha confiado. Antes que él, está mi marido. El y yo formamos una comunidad de amor que esperamos que dure toda la vida. La convivencia con los hijos, en cambio, se acaba ordinariamente después de unas décadas. Los hijos son muy queridos pero, al fin y al cabo, pueden considerarse como huéspedes en nuestra comunidad; esto sí, son unos huéspedes muy especiales a los que invitamos a participar en amplios espacios de nuestra vida, y a los que queremos transmitir lo mejor de nosotros”. Rectifiqué de nuevo y hablé a fondo con mi marido. Desde entonces, él es mi preocupación primordial y yo soy la suya. Podemos afirmar que formamos un matrimonio feliz, a pesar de todos los altibajos que nos presenta la vida”.

Gracias a su capacidad de autocrítica, mi amiga había encontrado la clave para convertir su casa en una fuente de vida y de felicidad para todos: descubrió la importancia de desarrollar el amor matrimonial. En efecto, se hace un flaco servicio a los niños si, para atenderlos bien, se relega al cónyuge a un segundo plano, o si el padre y la madre ya no pueden o no quieren estar solos, por el continuo aumento del trabajo y las múltiples ocupaciones. Lo que realmente necesitan los hijos para asentarse en la vida con equilibrio y libertad, no es sólo la experiencia de que sus padres les quieren a ellos, sino también la seguridad de que sus padres se quieren mucho entre sí.

Se puede resumir la actitud que adoptó mi amiga a partir del tercer año de su matrimonio en una frase sencilla: “Nos hemos casado para hacernos felices el uno al otro y, juntos, hacer felices a los demás.”

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

## **Una nueva unidad**

Tenemos hoy una sensibilidad especial para comprender que el matrimonio no sólo es el fundamento de la familia. Es en primer lugar un encuentro personal entre un hombre y una mujer, una comunidad de vida y de amor, la superación de la soledad originaria y radical de la que sufre cada ser humano. Ambos, el hombre y la mujer, están llamados a ayudarse mutuamente para conseguir una vida más feliz, que no es ni la “mía” ni la “tuya”, sino “nuestra vida”, una nueva unidad, una aventura común entre los dos, que siempre es original. Como cada matrimonio es único, la trayectoria de su amor es también única.

Cuando dos personas se casan, se deciden a emprender juntos el camino de su vida. Entran en una nueva etapa de su existencia que, de ordinario, se caracteriza por la alegría de ser elegidas y amadas. Cada uno se reconoce en la mirada y en el aprecio del otro, cada uno da apoyo y seguridad al otro. El yo se despierta, se mueve y crece por el irresistible atractivo del tú.

Un cónyuge no debe ser considerado por el otro como una propiedad adquirida de una vez y para siempre, sino como una persona viva que evoluciona a su lado. El amor consiste en dejar grandes espacios de libertad al otro, en darse a él sin cálculos mezquinos. “La relación no vive sino en la gratuidad. Sin poder respirar ese oxígeno, toda relación se asfixiaría y enfermaría de muerte. La gratuidad es tan necesaria como el aire y como el pan.” Una relación en la que sólo se ofrezca uno, o sólo reciba uno, no es equilibrada, ni puede llamarse amor. El auténtico amor nos hace dar y recibir a la vez, nos hace sentir necesidad y ser necesitados. Es como una corriente de ida y vuelta, un movimiento continuo de donación y acogida que se establece entre dos personas que están a la misma altura.

## **Unidad de tres**

Pero el “Otro” por excelencia que está íntimamente presente en el matrimonio cristiano, es el mismo Dios. A una relación conyugal profunda y completa pertenecen tres. La promesa de dos cristianos ante Dios no los une sólo a su pareja, sino que en cierta forma a través de él o de ella, ambos se unen al mismo tiempo a Jesucristo. No se entrega uno recíprocamente, se entrega también a Cristo a través del otro, de la otra. Los esposos no sólo viven para el otro. En realidad, viven juntos para Cristo; en su amor conyugal, aman también a Cristo. Por tanto, cada uno puede descubrir a Dios a través del otro, puede sentir lo mucho que Dios le ama en la actitud del otro, y puede experimentar la ternura de Dios en el comportamiento del otro.

Ciertamente, la dimensión religiosa es tan profunda que a veces no es fácil encontrar la forma de hacer partícipe de ella al cónyuge. El diálogo habitual, sincero y amoroso puede ayudar a los esposos a mirarse en esta nueva perspectiva, a ver al otro en lo más hondo de su ser. Puede animarles asimismo a buscar el sentido último de su matrimonio: acoger plenamente el amor de Dios, su don para mí, que eres tú, y su don para ti, que soy yo.

Pero Dios no sólo tiene un proyecto para ti o para mí; tiene también uno para nosotros. Llama a los esposos cristianos a dar conjuntamente testimonio de su amor, a ser reflejo de su continua preocupación por los hombres. Les invita a ser imagen de Cristo el uno para el otro y juntos para los demás. “Queremos hacer de nuestra casa un lugar de encuentro con

---

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

Dios y los otros, pequeños y mayores, sanos y enfermos, un lugar de trabajo, descanso y de fiesta, un lugar abierto a pobres y ricos y, sobre todo, un lugar de oración,” dijo una vez una mujer sencilla. Cuanto más unidos estén los cónyuges entre sí, más se acercarán a este ideal.

Compartir nuestra existencia con otra persona puede ser una gran alegría; pero es también una tarea dura. Es un proceso delicado y difícil que requiere mucha paciencia. El camino es largo, y no nos lleva sólo por valles soleados, sino con frecuencia por bosques oscuros, desiertos secos y tormentas en las altas montañas. Sin embargo, las parejas que piensan que una pelea es el fin de su vida en común, pueden animarse: los enfrentamientos son precisamente los momentos de la relación en que se pueden hacer avances importantes. Cada vez que superamos un obstáculo, damos un paso desde una etapa del amor a otra nueva, que es más completa y profunda que la anterior.

## **La “crisis del comienzo”**

Al principio, el amor ha brotado, quizá, por el deslumbramiento que otra persona me ha producido. Me he fijado casi exclusivamente en algunas de sus cualidades exteriores, exagerándolas sin medida; y he proyectado mis sueños y anhelos en ella.

Puede ser que lo mismo haya pasado también a la inversa: otra persona ha puesto, casi inconscientemente, sus ilusiones en una imagen ficticia que se ha forjado de mí. Y ahora ambos desarrollamos una serie de recursos y mecanismos de defensa que ocultan nuestros puntos débiles, nuestra necesidad y nuestra fragilidad.

Pero la convivencia no resiste las mentiras ni las apariencias. Las diversas situaciones de la vida en común desenmascaran muy pronto nuestros particulares “tics” y pequeñas manías, muestran claramente nuestra mediocridad y los egoísmos que arrastramos.

No pocas crisis conyugales comienzan con la desilusión que sigue a esta exaltación casi mítica de la pareja. El primer “enamoramamiento”, una vez pasado (y la fluctuación se encuentra en la psicología humana), puede provocar en una persona, que se ha apoyado exclusivamente en sus sentimientos, un cambio radical con respecto al otro. Entonces los cónyuges se acusan de haberse engañado mutuamente. Su relación se convierte en un vínculo sofocante y, con frecuencia, lleno de sospecha recíproca. Las limitaciones de uno y otro tienen cada vez más peso en la vida diaria, y son la causa de innumerables roces, disgustos, incomprensiones, enfados y quejas.

En esta situación, en que se experimenta el vacío de la decepción y una gran frustración, puede nacer una reacción emotiva de signo contrario: el amor puramente afectivo se puede transformar en odio, igualmente afectivo, dirigido hacia aquella misma persona a la que antes se creía amar. “Del amor al odio no hay más que un paso,” dice la sabiduría popular. El comportamiento puede adquirir incluso formas violentas.

## **Los malos tratos**

No son pocas las parejas que no superan esta primera crisis. Conocemos cada vez más separaciones conyugales después de tan sólo unos meses o pocos años. Estamos, además, peligrosamente acostumbrados a los hechos más dramáticos y escandalosos que los medios de comunicación nos presentan diariamente, puestos convenientemente en escena para satisfacer el morbo del gran público: algún marido coge un arma y mata a su mujer en un ataque de rabia, otro tira a su pareja por la ventana, y un tercero hiere a su

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

compañera gravemente con un cuchillo. Tales escenas podrían ocurrir en cualquier ciudad tranquila y pacífica, donde los vecinos se reúnen rápidamente para expresar su gran asombro y desconcierto. Y después de escuchar lamentos más o menos elocuentes, pasamos a otra noticia, con la firme decisión de que la sociedad debe proteger más a las mujeres...

No quiero negar que esta protección es una necesidad sumamente urgente. Pero, a la vez, hacen pensar los resultados de investigaciones recientes. Según afirma una conocida revista alemana de psicología, quienes sufren más intensamente la violencia doméstica no son ellas, sino ellos. También las mujeres se muestran cada vez más proclives a las agresiones físicas, mientras sus cónyuges prefieren callarse acerca de los malos tratos que reciben. Una feminista activa ha destacado hace poco: "Siempre fui suficientemente inteligente para abofetear sólo a aquellos hombres que eran tan educados y mansos que no han devuelto la patada." Aparte de esta confesión reveladora, es conocido que se puede hacer sufrir de muchas maneras diferentes. Tanto hombres como mujeres pueden dañar gravemente con torturas psicológicas, amargando la vida de los suyos con medios más sutiles e "indemostrables" como son la coacción, la humillación, el chantaje o el mal humor constantes.

## **Conocerse mejor**

Es evidente que conviene conocerse muy bien antes de unirse de por vida con otra persona. Hay que superar el peligro de desatender la realidad en la que se basa el atractivo, hasta el punto de que éste se dirija verdaderamente hacia la persona del otro, y no sólo hacia los sentimientos que se experimentan respecto de ella, hacia la imagen subjetiva, coloreada por las emociones. En definitiva, no debo confundir mis sentimientos con la verdad objetiva del otro. Como esto en ocasiones no es nada fácil, entonces, ¿no sería aconsejable vivir una temporada juntos, experimentar un "matrimonio a prueba" antes de casarse? Los hechos parecen demostrar que ésta no es la solución. Según un estudio realizado en el Reino Unido, el índice de divorcios entre quienes se han casado después de vivir juntos es mucho mayor que entre los que no han convivido. ¿Por qué será así? Aún no estamos en condiciones de determinar cuál es la causa; sin embargo, podemos adelantar algunas hipótesis. Una convivencia sin compromiso muestra una cierta desconfianza. Cuando dos personas viven juntas sin casarse, en algún rincón de su corazón queda al menos un resto de inseguridad y sospecha. Una mujer me dijo en una ocasión, que cada noche sentía miedo de que su amigo no volviera. ¿Y por qué no se casan? ¿Porque no están seguros de su amor? Si somos sinceros, hay que confesar que esto es una ofensa permanente al otro. Es como decirle: "Yo te quiero hoy. Pero no sé si te querré mañana (o dentro de diez años), y por eso prefiero no meterme en líos." Es una ofensa real, aunque se suelen elaborar muchas teorías y dar muchas explicaciones ideológicas sobre este asunto. En el fondo, las personas que viven juntas, lo saben muy bien, y en general, después de unos años se enfría el amor. (Entre otras razones, porque éste no puede crecer en un clima de desconfianza.)

Volvamos al matrimonio que está pasando por una primera crisis. Según una opinión ampliamente difundida, si se acaba el "amor", se acaba la convivencia. Este mensaje, repetido diariamente por multitud de medios, ha creado una inercia social tan grande que nos hace incapaces de pensar por cuenta propia.

---

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

Sin embargo, hay una alternativa posible. A pesar de las decepciones, podemos recuperar el deseo de permanecer al lado de la persona con la que nos hemos comprometido. Pero hace falta creer en el poder curativo del amor y enfrentarse con la verdad.

Conviene buscar un encuentro profundo y verdadero entre los cónyuges, sentarse juntos para amarse conociéndose. No es fácil, pero es necesario hablar de las propias experiencias negativas, de las propias heridas que frecuentemente bloquean la conducta y la espontaneidad en la convivencia.

Puede costarnos mucho revelar lo que llevamos dentro, y tendemos a disimular porque creemos que si se nos conoce a fondo se nos va a amar menos. Y justamente pasa lo contrario: cuanto mejor nos conocemos, más entrañablemente nos amamos; y cuanto más nos damos a conocer, en nuestra pobreza y necesidad, más libres y seguros nos sentimos en la presencia del otro. No existe un amor conyugal verdadero hasta que no amamos también la debilidad del otro. Amar es ser sensible a las heridas del otro.

La ternura es un elemento importante del amor. Hace falta mucha ternura en el matrimonio; Karol Wojtyla la describe como “el arte de sentir, de comprender al otro, en todo su ser personal, en todos los sentimientos de su alma, pensando siempre en su verdadero bien.” La ternura y la sonrisa nos acercan unos a otros, nos hacen más humanos.

Es preciso comprender que no podemos pedir lo que el otro no puede darnos, por mucho que nos quiera, porque es un ser limitado, como nosotros. El verdadero amor no se manifiesta en frases como: “Te quiero porque tienes una cara bonita, eres erudito, musical o deportista”; el verdadero amor nos hace decir: “Te quiero por ser el que eres.”

## **La intimidad conyugal**

En un matrimonio logrado, la unión entre los cónyuges se realiza en todas las dimensiones del ser humano. “Y los dos se harán una sola carne.” El lenguaje bíblico es directo e inequívoco. Se refiere al encuentro sexual, constitutivo del amor matrimonial, y al hijo engendrado por ese encuentro, que muestra en su patrimonio genético -perteneciente en una mitad al padre y en la otra a la madre- una profunda fusión entre ambos. Si a la intimidad corporal se une una proximidad psíquica y espiritual, una sintonía intelectual y emocional, se puede considerar sana la relación.

El hijo es el fruto natural del amor conyugal. Pero también un matrimonio al que es imposible tener hijos -pese a estar abierto a una nueva vida-, puede llegar a ser muy feliz. Los cónyuges no sólo “dan vida” a sus descendientes; también se “dan vida” mutuamente. Su unión no sólo tiene frutos naturales, sino también frutos espirituales; el primero es la misma unión de ambos.

## **Sufrir juntos**

Si uno de los cónyuges no puede tener hijos y el otro no acepta esta condición natural procurando a toda costa tener descendencia, cada vez más fácilmente realizable a través de medios artificiales (fecundación in vitro), entonces se puede crear un abismo muy grande entre la pareja: uno realiza sus deseos sin contar con el otro. Un marido, que se encuentra en esta situación dolorosa de estar “excluido”, me dijo una vez: “Ahora entiendo que el matrimonio es una unidad de destino, y debe serlo: si uno de los dos no puede

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

tener hijos, nosotros no podemos tenerlos.” En efecto, el amor, por su misma naturaleza, es bilateral, se da recíprocamente entre personas. Sólo entonces crea la base más inmediata a partir de la cual puede nacer un nosotros que es único.

El amor crece mucho si no sólo disfrutamos juntos las circunstancias placenteras y agradables de la vida, sino que también sobrellevamos unidos los acontecimientos inesperados y traumáticos que sacuden la vida humana. Muchos matrimonios se deshacen después de pasar por una situación de intenso sufrimiento. Otros, por el contrario, se acercan, se apoyan, se unen más fuertemente en circunstancias similares. Una experiencia dolorosa nos puede obligar a hacer un alto. Nos vemos confrontados con nosotros mismos y ante el desafío de ordenar nuestra vida de otra manera. Ya no es posible engañarnos, el dolor ha hecho más aguda nuestra percepción de las cosas: lo trivial cede paso a lo que es importante, a lo substancial. Un refrán dice: “Cuando has llorado, lo ves todo con otros ojos”; puedes ver todo mejor y distinto.

Como cristianos sabemos que Dios no quiere el dolor. Sin embargo, lo permite. La cruz tiene un lugar central en nuestra fe. Es un misterio de amor, no de temor. Es el misterio de un Dios que se hace solidario con nuestro sufrimiento y cuyo amor es tan grande que da su vida por nosotros. Desde entonces, el dolor y la muerte no tienen la última palabra en el mundo. Después de la cruz viene la alegría de la Resurrección, una alegría que no tiene fin. Quien posee una confianza tal, es invencible, invulnerable en su interior. ¿Quién lo puede vencer, si esa derrota es el paso previo a su triunfo definitivo?

## **La “crisis de la rutina”**

Después de algún tiempo, puede presentarse la llamada “crisis de la rutina”. Nos damos cuenta que cada lunes, cada martes y cada miércoles son iguales, el otro suele reaccionar siempre del mismo modo, suele contar los mismos chistes y las mismas anécdotas de su vida pasada. Ya sabemos cómo piensa y lo que siente. El día a día se hace monótono, y crece el aburrimiento. El matrimonio no parece ofrecernos lo que hemos deseado. En vez de estar embarcados en una “aventura apasionante”, parece que viviéramos en un sistema cada vez más estrecho, y sufrimos una especie de encerramiento.

En esta situación pueden llegar a obsesionarnos cosas absurdas y triviales, como la manera que tiene el otro de ordenar los papeles, de gesticular y tragar el agua, de andar o mirar. Casi nada se juega en el plano de la razón y de la lógica; por el contrario, la mayoría de estos conflictos son meramente afectivos. El sentimiento de hartazgo puede ser tan grande que engendra en nosotros una actitud de rechazo vehemente: “Me molesta tanto lo que haces que ya no puedo ver quién eres.” Y se enfría el amor.

Es importante darnos cuenta del peligro y reaccionar decididamente, con comprensión y sentido de humor. Conviene esforzarnos por ver los lados positivos del otro, subrayarlos y engrandecerlos. Y luego debería ocurrirnos algo para que este lunes sea un día diferente, y que sea una delicia. Hay que romper el hielo, comenzar la mañana con una palabra positiva, organizar una excursión o una fiesta, aunque sólo queden tres galletas en la despensa. El amor se alimenta de sorpresas.

---

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

## Clima de tensión

Lo normal en una relación entre personas vivas no es una paz absoluta. Aparte de la rutina, nos pueden salir al paso otros muchos obstáculos, como son, por ejemplo, los celos, la incapacidad de comunicarnos, la necesidad de afecto y atención en un mundo de estrés y falta de tiempo continuos, el rencor o el miedo al abandono, la angustia ante la posibilidad de quedarnos solos en la vida, la obstinación a que nadie nos quiera, a no ser importantes para alguien. Así se crea un clima de tensión y de nervios. A veces estamos tan poseídos de nosotros mismos que sólo cuenta lo que nosotros opinamos, pensamos, trabajamos o deseamos. Escuchamos al otro con desgana y le contestamos con frases hechas. Y puede pasar que cada uno de los cónyuges busque su escape particular: su trabajo, su viaje, su hobby, su familia de origen, sus antiguos amigos, un nuevo amor... No quieren depender del otro, no quieren necesitarle para nada, y se dedican a cultivar el propio yo.

A veces, el fracaso es irremediable, y la separación (temporal) de los cónyuges constituye el último recurso. Si ellos actúan como cristianos, reconocerán todo el peso del vínculo matrimonial que han contraído, y lo respetarán hasta el fondo; pero simultáneamente experimentan, no sin dolor, la imposibilidad de seguir viviendo juntos que se ha ido creando con el paso del tiempo. En tal caso, los cónyuges ayudarán a sus hijos a que comprendan que el cansancio y la debilidad de sus padres no son más fuertes que la gracia de Cristo, que los mantiene unidos a pesar de la distancia física.

Sin embargo, en la mayoría de los casos no hace falta llegar a estas medidas extremas. Si nos encontramos en una situación penosa, es importante no resignarnos. No podemos quedarnos petrificados ante los fracasos, por grandes que sean. Cada matrimonio pasa por momentos de plenitud y por momentos de duda y perplejidad. El amor necesita tiempo; crece despacio. Es normal que haya detenimientos o retrocesos en el camino. En temporadas andamos de crisis a crisis; podemos llegar a sentirnos completamente desamparados. Pero, con un mínimo de buena voluntad de ambas partes, los conflictos pueden resolverse ordinariamente. Santa Teresa habla de su propia experiencia cuando confiesa: "Ha tardado veinte años para que un matrimonio de conveniencia se convirtiese en una gran pasión."

Tenemos que aprender a exigirnos a nosotros mismos: darnos cuenta de nuestras reacciones desproporcionadas, pedir perdón y perdonar, agradecer los esfuerzos más mínimos del otro, y acostumbrarse a preguntarle: ¿qué esperas tú de mí? Hace falta también estar atentos en la escucha, coherentes en la respuesta, y cada vez más comprensivos con los defectos del otro. El arte consiste en saber cuándo conviene ceder y cuándo no conviene, en distinguir los momentos en los que vale la pena enfrentarse con valor a un problema, de aquellos otros en los que es aconsejable pasar por alto cualquier comentario o comportamiento provocativo.

En cualquier caso, es conveniente evitar que las situaciones se enquisten por dejar pasar mucho tiempo sobre ellas. Tendríamos que hacernos cuanto antes la pregunta decisiva: ¿Cómo vamos a hacer realidad nuestra decisión de ser felices juntos?

---

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

## Recuperar la capacidad de ser niños

Es una verdad evidente que las heridas de amor solamente las cura el amor. En principio, no hace falta cambiar grandes cosas de la vida: el otro, ordinariamente, no necesita un nuevo auto o un abrigo de piel. Quiere, en cambio, un poco más de atención, una pequeña muestra de cariño y de comprensión. Cuando faltan los oligoelementos en el cuerpo humano, aunque sean mínimos, uno puede enfermar gravemente y morir. De un modo análogo podemos hablar de “oligoelementos” en el ambiente de una casa: son aquellas pequeñas cosas, difícilmente demostrables y menos aún exigibles -como una sonrisa cordial, una mirada de reconocimiento o una palabra de aliento- que hacen que el otro se sienta a gusto, que se sepa querido y valorado. Experimente que hay alguien que se interesa realmente por su trabajo, sus dificultades y todo lo que lleva en el corazón. Hay alguien para quien él es el más importante en el mundo.

Es muy aconsejable cultivar la comunicación y acostumbrarse a buscar tiempo para hablar de los acontecimientos de nuestra vida, de lo importante y de lo que no lo es tanto.

El amor cura, tanto al darlo como al recibirlo. Hay momentos en los que es preciso recuperar nuestra capacidad de ser niños, disfrutar juntos haciendo locuras, y de dejarnos conquistar de nuevo por el amor del otro. Es importante compartir alguna afición, por la montaña o el mar, por la fotografía, el teatro o la música, tener en común proyectos e ilusiones, y también la amistad de otras personas. Conozco un matrimonio con siete hijos que va una vez por semana a una discoteca para bailar, como “cuando eran novios”.

Es necesario “volver”, “retornar” al momento en que iniciamos la unión. Entonces podemos renovar ese compromiso de amor; decir de todo corazón, nuevamente, que sí. El filósofo Dietrich von Hildebrand aclara, con acierto: “Ahora bien, ese volver al momento inicial en que vibró lo más profundo de nuestro corazón, es lo esencial de toda renovación que no se puede confundir con un retornar con todos los detalles al comienzo. Es un volver no necesariamente al escenario original; pero sí al entusiasmo, al ardor y al celo iniciales.” No puedo negar el conocimiento y la experiencia que he recogido en el camino de la vida. Si reitero el “sí” original, lo hago a conciencia y, si cabe, más libre que la primera vez, con el entusiasmo de la juventud y la madurez que dan los años. Con el paso del tiempo, amamos cada vez más, porque queremos amar, y estamos también más dispuestos a entregarnos por quien amamos. Pero eso no impide que nuestra vida se dirija por el entusiasmo del amor, y que ese entusiasmo se contagie a todas las actividades humanas.

## Envejecer juntos

Justamente hoy, en que, debido al aumento de la esperanza de vida, el matrimonio dura más tiempo que en las épocas anteriores, conviene renovar el sí muchas veces, y especialmente cuando se entra en una nueva fase de la vida común: cuando, por ejemplo, nace el primer hijo o cambia la situación profesional, cuando enferma uno de los miembros, se despide el último hijo de la casa paterna y llega la edad de la jubilación... Una relación que dura cierto tiempo, sólo puede permanecer viva, si las personas están dispuestas a afrontar los cambios que siempre hay, si no dejan de aprender y crecer. Es necesario adaptarse con cierta flexibilidad a las nuevas situaciones, desprenderse por ejemplo de la presencia física de los hijos, cuando ha llegado el tiempo, y no agarrarse a un estilo de vida que ha sido razonable ayer, pero no responde a las exigencias de hoy.

# EL ARTE DE CONVIVIR

---

“Vivir quiere decir estar sujeto a cambios -dice el cardenal Newman- y ser perfecto significa haberse cambiado muchas veces.”

El hecho de que alguien me ha prometido quedarse a mi lado hasta el fin de la vida, significa para mí el grave deber de abrirme a las nuevas situaciones, y no negarme a mejorar y a madurar. **El matrimonio, en cierto sentido, es un proceso que se origina en la promesa de andar juntos por el camino de la vida. En cuanto tal no sólo exige el “permanecer juntos”, sino también el “caminar”.** Tenemos la ilusión de ser cada vez mejores para el otro; y que la persona que Dios nos ha confiado para toda la vida, sea a su vez cada vez tal como debería ser.

El reto está en descubrir, poco a poco, la belleza de envejecer juntos, consumir la vida tranquilamente el uno al lado del otro. La última lección consiste en aceptar, sin amarguras ni reproches, las nuevas limitaciones propias y las del otro, debidas a una edad avanzada. Podemos hacerlo con toda la comprensión, paciencia y ternura que hemos ido acumulando durante los años de nuestra convivencia. Hasta el fin de la vida consciente, los cónyuges pueden invitarse mutuamente a buscar, encontrar, aprender y desarrollarse juntos. Y, en el mejor de los casos, llegan juntos a la madurez espiritual.